

contrastar vuestra enemistad. — Pero, señor, los papeles... — Esos papeles que tanto os inquietan, no los ha visto entre los que su padre le ha dejado; y cuando los tuviera, ¿no está tan interesado actualmente como vosotros en sepultarlos para siempre? No os digo mas, sino que Lonchamps es mi hijo; ved si queréis, siendo enemigos suyos, perder mi afecto, y exponeros á todas las consecuencias de mi indignacion. Ya me entendéis: responded.

Pronunció Mr. de Lerval estas últimas palabras con un tono que hizo estremecer á aquellos malvados. Se miraron; y luego, acercándose á mí, me abrazaron llamándome su amado primo. Mi suegro y yo no nos dejámos alucinar de su hipocresía, pues se veían precisados á conducirse así por lo que luego sabréis; pero se portaron bastante bien todo aquel día que pasé en regocijos hablando con mi esposa, en la cual descubrí desde luego un talento nada vulgar. Mis primos durmieron aquella noche en nuestra casa; y á la mañana siguiente Mr. de Lerval les enseñó una escritura que habia hecho algunos días ántes, por la cual les cedía la cuarta parte de sus bienes, otra igual á mi esposa, reservándose él la mitad por los días de su vida, pasados los cuales, nos dejaba por herederos. Mis dos perversos primos se retiraron muy satisfechos de esta disposicion; y debo confesar que aunque los he tratado muy poco, nunca he experimentado mal proceder de su parte.

Permanecimos algunos días en la casa de campo, y volvimos á Paris, donde Mr. de Lerval nos dió habitacion en su misma casa. Seis meses hace, amigos míos, que soy feliz esposo, y dentro de cuatro espero ser padre: ¡ juzgad cuál será mi alegría! Mi padre y yo tenemos que comprar varias tierras en esta comarca, y he querido venir en su compañía á veros, para cumplir mi promesa y satisfacer mi cariño. Mucho os queda por saber de mi historia; pero mañana la referiré mi padre, y sabréis las desgracias de mi familia y los motivos de la conducta de mi hombre invisible. Delante le tenéis; contemplad bien al que tanto me ha favorecido, y que ha sido objeto de vuestra curiosidad. ¡ Ojalá que hubiese podido yo verle y abrazarle mucho tiempo ántes!

Calló Mr. de Lonchamps, y los hijos de Palemon abrazaron á aquel anciano, que les inspiraba sin embargo una especie de respeto que algo participaba de terror. Para disiparle enteramente era preciso saber sus aventuras, y esto habia de verificarse á la tarde siguiente.

TARDE LIII

EL FALSO HONOR

No es mas honrado el potente
De oropeles rodeado
Y en el vicio encenagado,
Que el artesano indigente,
Á las leyes obediente,
Padre amante y fiel esposo,
Que á la patria hace gustoso
Servicios de gran valía.
Es mas honrado á fe mia,
Y aun mas noble, el mas virtuoso.

Continúa la historia del hombre invisible.

Sentados al día siguiente bajo el emparrado, Mr. de Lerval empezó su narracion de esta manera: Hasta ayer, buen Palemon, no os conocia, ni tampoco á vuestros hijos, sino por los elogios que repetidas veces me ha hecho mi sobrino de vuestras costumbres, probidad y discernimiento; pero ya os he visto y os amo; es decir, que en adelante podéis mirarme como un amigo fiel y sincero. No me habéis conocido sino por una relacion, que tal vez no me hacia demasiado honor; y cuando Lonchamps, en el anterior estío, os contó una parte de sus desgracias, debisteis mirar al hombre invisible, que le seguia por todas partes y le prescribia los preceptos mas extravagantes, como á un loco que reducía á prác-

tica sus disparatadas ideas, inspiradas por su poco juicio. Ahora sabréis los motivos que me han impelido á obrar así.

Soy el menor de tres hijos que dejó mi padre, que era uno de los hombres mas ricos y condecorados de Francia. Quedámoshuérfanos, y mi hermano mayor, que ya tenia veinte y cinco años, entró á gobernar la familia, y fué declarado tutor nuestro. Tenia yo diez años, y quince mi hermana Amelia, jóven llena de hermosura y de las habilidades que se adquieren con una educacion esmerada. Era muy amable; pero al mismo tiempo muy tímida, y de un espíritu bastante débil. Amelia y yo nos amábamos tiernamente; mas no sucedia lo mismo con nuestro hermano, que nos detestaba, no obstante que nosotros le correspondíamos harto bien, porque el temor y la sumision mas ciega á su voluntad eran los únicos sentimientos que habia sabido inspirarnos. Á los treinta años ya se habia casado, y tenia dos hijos: abusaba del imperio que tenia sobre nosotros, y éramos miserables víctimas de su despotismo. Vivimos con él hasta nuestra mayor edad, época en la cual nos entregó la parte de herencia que dijo nos pertenecia, dándonos unas cuentas, si no exactas, cumplidas para nuestra satisfaccion. Con todo nos conformámos porque podíamos vivir cómodamente con lo que nos adjudicó, Deslinieres (así se llamaba mi hermano que habia tomado el título de una hacienda suya) no habia querido casar á Amelia, y esto por razon de intereses, pues estaba dominado por una insaciable codicia. Murió su hijo, pero quedó con una niña de diez y ocho meses: esperaba sin duda tener mas hijos, y sin embargo de que podia dejarlos ricos, todavía anhelaba apoderarse de los bienes de Amelia, á quien queria precisar al celibato. Acaso esperaba tambien heredar mi parte. Tenia una mujer aun mas mala y mas avarienta que él, la cual cuando se casó con mi hermano era viuda de un militar llamado Mr. Dercour, y tenia un sobrino de nueve años que se criaba á su lado en casa de mi hermano. Se habia propuesto casar á este muchacho con la hija de Deslinieres, y deseaba con ansia reunir en su casa todos los bienes de nuestra familia. Para colmo de desgracias, madama Deslinieres envidiaba la hermosura de mi hermana: no podia ver á Amelia, que habia tenido que sufrir mucho mas que yo durante su menor edad, por los caprichos y altivez de esta mujer imperiosa.

Yo, jóven de 26 años, dedicado á las carreras de las armas, corria de guarnicion en guarnicion sin domicilio fijo. Amelia, libre del yugo de su hermano y de las impertinencias de su cuñada, habi-

taba una hacienda en las inmediaciones de Paris, y mi hermano con toda su familia residia en la capital. Os he dicho que Amelia tenia un excelente corazon, pero su razon no era de las mas firmes y á veces parecia demente; temblaba solo al oír el nombre de su hermano ó de su cuñada, y por lo tanto aunque al parecer era independiente, estaba tan sometida á su voluntad, que hasta las visitas que habia de recibir le prescribian; y tan luego como se presentaba un pretendiente á su mano, procuraban despedirle.

Sin embargo, su corazon estaba preparado al amor, y aun amaba en secreto ya hacia algunos años. Tenia en su casa un mayordomo llamado Santbon, de familia noble y que habia sido rica, pero que despues habia decaido. Quedó huérfano desde muy niño, dedicóse á la agricultura, y como tampoco tenia mérito personal, Deslinieres habia creído que no contrariaria sus miras respecto al forzado celibato de Amelia; pero su conversacion era sumamente agradable, y la jóven se habia acostumbrado á ella en términos que no acertaba á estar un momento sin él. Santbon por su parte estaba prendado del mérito de Amelia, y aunque no se le ocultaba la docilidad de su juicio, veia con dolor la despótica conducta de Deslinieres y de su mujer, y deseaba aliviar la suerte de aquella desventurada. De forma que ambos se amaban, pero el uno por delicadeza y la otra por pudor se ocultaban mutuamente sus sentimientos.

Una mañana de primavera paseaban juntos Amelia y Santbon por los jardines de su quinta: llamó la atencion de Amelia un puente chinesco que aquel, para sorprenderla, habia hecho colocar la noche anterior sobre un riachuelo que por allí atravesaba. Quiso aquella estrenarle, pero como el puente no estaba firme cayó en el rio; perdió el sentido y al volver en sí se encontró sobre la yerba de la ribera: vuelve la vista, pues estaba sola, y ve cerca de sí á Santbon sin sentido y derramando raudales de sangre por una herida que en la frente se habia hecho al tiempo de arrojarse el agua á sacar á su ama.

Á las voces que esta dió acudieron los criados, detuvieron la sangre, condujeron al herido á su lecho, y llamaron para asistirle á los cirujanos mas instruidos del país. No confió Amelia la asistencia de su mayordomo á los demas criados. Pasaba los dias y las noches á su cabecera suministrándole por su mano los alimentos y medicinas, y condoliéndose de sus padecimientos. Esta asiduidad dió bastantemente á conocer á Santbon que era amado, y no tardaron mucho en declararse el uno al otro su pasion.

El término que esta debía tener en dos personas pundonorosas y timoratas no podía ser otro que el del matrimonio. En vano opuso Santbon los inconvenientes de la desigualdad de clases y las miras interesadas de los Deslinieres. — Casémonos secretamente, dijo Amelia... y luego que se sepa, si mi hermano y su mujer quieren tratarme como hasta aquí... desgraciado del que se me oponga; le despedazaré el corazón. Efectivamente se extendieron las capitulaciones en las cuales, en el caso de fallecer sin sucesión Amelia, cedia todos los bienes á su esposo, y reunidos los documentos y licencias necesarias se celebró secretamente el desposorio.

Todo fué felicidad para ellos durante algunos meses; por este tiempo obtuve yo licencia para ir á mi casa y fui desde luego á ver á mi hermano mayor, el cual y su mujer me recibieron con su orgullo acostumbrado, y supe por ellos mismos que estaban sumamente contentos de la sumisión de mi hermana á quien visitaban con frecuencia. Fui á ver seguidamente á Amelia y la encontré tan tierna, tan afectuosa conmigo como siempre. Cuando estuvimos solos me reveló su casamiento secreto y sentí tanto este suceso, que cuando mi hermana me presentó á su esposo le saludé con frialdad; él hizo lo mismo conmigo, y nos despedimos sin abrazarnos, sin darnos el dulce título de hermanos.

No era yo capaz de revelar el secreto de mi hermana; pero una criada á quien Santbon habia reconvenido severamente por varios defectos graves, concibió y llevó á cabo el designio de perder á los dos esposos. Salióse de la casa, fué á la de los Deslinieres y les descubrió el secreto del matrimonio de Amelia con Santbon.

Enfurecidos aquellos con semejante noticia, al siguiente día fueron á casa de su hermana, llenaron de improperios á ambos esposos, y cuando Santbon quiso hacer valer sus derechos de marido y dueño de la casa para hacer salir de ella á los Deslinieres, y que dejasen de insultarlos, estos últimos dijeron que el que tenia que salir de allí era Santbon; que la escritura matrimonial era falsa, el sacerdote que los habia unido un impostor, los testigos gentes sobornadas y el matrimonio en fin no habia sido mas que una apariencia de sacramentos. Por último Santbon se revistió de toda la energía de que era capaz, y consiguió hacer salir de allí á mis pérfidos hermanos, los cuales al marcharse intimaron á Amelia la orden de despedir á Santbon, pues su matrimonio era falso y simulado.

Consternados quedaron los dos esposos: Amelia se creía ya sepa-

rada de su marido y encerrada en una prision por toda su vida; lo que la hizo caer en una especie de delirio que la hacia decir mil despropósitos. Santbon, lleno de pesadumbre por la debilidad del juicio de su esposa, y ambos temiendo un porvenir lleno de pesares y sobresaltos, tanto mas temibles cuanto que mi hermana se hallaba en cinta ya hacia algunos meses. Llegué yo en aquel momento, y aunque no me asombré del atrevimiento de los Deslinieres, cuya perfidia conocia, temí el peligro en que Amelia y su esposo se encontraban; procuré tranquilizar á aquella, y les prometí ponerme de su parte para contrariar los inicuos planes de mi hermano mayor. Miétras yo acompañaba y tranquilizaba á Amelia, Santbon fué á consultar con su letrado, el cual le dijo que el matrimonio era válido, como tambien la escritura, y que ningun requisito le faltaba por donde pudiese adolecer de nulidad.

Fui á París al siguiente día, y encontré á Deslinieres solo en casa; me habló del casamiento de Amelia, y se admiró de que ya estuviese yo enterado de él, y mucho mas de que no me pusiese de su parte para perseguir á los dos esposos. Me habló con imperio, me amenazó, pero yo le contesté con una dignidad y energía que no creia encontrar en mí, diciéndole que de ningun modo contase conmigo para atormentar á mi hermana y su marido. Todo al contrario, me pondria de parte de estos para defenderlos.

En esto entró madama Deslinieres, y dejándose caer en un sofá manifestó que segun el parecer de los jurisconsultos el acto era válido... y que el único medio que habia era encerrar á mi hermana como loca... ¡Qué horror! exclamé yo. Al oír estas palabras la Deslinieres comprendió que yo no era de su partido y se desató en injurias contra mí, las que desprecié retirándome á desempeñar varias negociaciones relativas á mi regimiento, de que venia encargado, en las cuales ocupé algun tiempo y durante él trascurrieron sucesos que estaba yo muy distante de prever.

Dos días emplearon los Deslinieres consultando abogados, y sus pareceres fueron en todo uniformes y favorables á Amelia: imploraron la proteccion de los amigos, acudieron á los tribunales y nadie se prestó á sus inicuos proyectos. Viendo ya que todos sus esfuerzos por las vias legales eran inútiles, acudieron á un ardid que por de pronto les surtió todo el efecto que deseaban. Deslinieres falsificó una orden de uno de los primeros magistrados, y desfigurándose el rostro con supuestas cicatrices, cubriéndose con una peluca la cabeza, en forma que era imposible conocerle, se vistió de comisario de policía; sobornó media docena de hombres

perdidos y vistiéndolos de alguaciles y soldados, protegidos por la oscuridad de la noche se dirigieron á casa de Amelia, donde tomando la voz del rey, hizo que le abriesen las puertas. Llegados al cuarto de Santbon y Amelia, mostraron la supuesta orden. Aquel clamó contra la impostura con que habia sido obtenida, y quiso valerse de la fuerza para rechazar la agresion ; disparó las pistolas contra el supuesto comisario, pero no dieron fuego. Amelia por su parte hacia mil extravagantes extremos que evidenciaban su locura y desesperaban á su esposo ; por último se apoderaron de los dos los fingidos esbirros, el comisario se llevó á mi hermana, y los demas á Santbon, á quien soltaron tan luego como vieron que el coche estaba muy distante.

Á la siguiente mañana me hallaba yo en mi cuarto muy ajeno de pensar en lo que habia ocurrido, y creyendo que todas estas cosas seguirian el curso ordinario, cuando se presentó á mí el desdichado Santbon traspasado de dolor, y me refirió los sucesos de aquella noche infausta. Lo peor de todo era ignorarse el paradero de mi hermana, porque no podian practicarse diligencias en su favor. Cuantas hicimos por descubrirla eran en vano, porque mi hermano mayor á cuya casa me dirigí se me negó ; mi cuñada no quiso recibirme, y en la superintendencia de policia me manifestaron que ninguna noticia tenian de aquel asunto : ¿ quién, pues, habia dado la orden de arresto contra la infeliz Amelia ?

Volví á casa, participé al infeliz Santbon la inutilidad de mis investigaciones, y le vi en tal estado de dolor y de enajenacion puede decirse, que me hizo derramar tiernas lágrimas. Por último le aconsejé se retirase á su casa, que solo distaba média legua de Paris, donde acaso Amelia le enviaria algun mensaje, y pareciéndole bien mi consejo se retiró.

Era ya tarde y Palemon interrumpió á M. de Lerval, quedando aplazada la conclusion de esta interesante historia para la tarde siguiente.

TARDE LIV Y ÚLTIMA

EL PROTECTOR.

Al magnate protector
Del talento y la inocencia ;
Que en santa beneficencia
Se ejercita con ardor.
En trasunto del Señor
Su caridad le trasforma ;
De aspecto cambia y de forma
La poblacion en que habita ;
La miseria en ella evita,
Y las costumbres reforma.

Reunida la interesante familia en la tarde siguiente, continuó Mr. de Lerval su historia en estos términos :

Fin de la historia del hombre invisible.

Poco despues de volver Santbon á su casa se presentó á él un demandadero del convento de Santa Aurea, con una carta de Amelia, que decia así :

« ¡ Sin duda, amado esposo, derramas tantas lágrimas como yo !
» sabe que los bárbaros que me arrebataron de tu lado me han
» traído á Paris, sin hablarme una palabra en todo el camino ;
» luego me han depositado en el convento de Santa Aurea, calle
» de Postas, cerca de la Estrapada. especie de prision destinada